

¡YA VOLVIERON!

Ya volvió la Primavera
y con ella las corridas,
despertando á los taurinos
sus efusiones dormidas;
y volverán á surgir
día tras día la discusion
que los astros del torero
despiertan en la afición.

Ya volveremos á ver
á las bonitas ohiquillas
en los paleos de la plaza
con la clásica mantilla;
dando más luz á la fiesta
con sus ojos cual luceros,
que incitan con sus miradas
á los valientes toreros.

Ya las bandas olvidadas
surgirán cual por encanto,
á amenizar las corridas
con sus armoniosos cantos;
dulcificando las notas
cuando la cuadrilla alegre,
oruga la cantante arena
bajo ovación de la plebe.

Ya volveremos á ver
la verónica y el quabro,
las banderillas al cambio,
castigo y topocarnero;
los pases de molinete
y los de pitón á rabo,
astocadas recibiendo,
y volapiés recargados.

Ya ha vuelto la Primavera,
y con ella las corridas;
ya se han despertado en mí
las aficiones taurinas.
AGUSTÍN GALLEGO SAGRA.
Almadén, Abril 1914.

EN MADRID

Día 2 de Mayo

Se lidia ganado de D. Juan Contreras, por los diestros Gallo, Gallito y Belmonte.

Durante la lidia de los cuatro primeros toros todo pasó, que este quite, que una ovación silada, pero sin emoción, sin gusto, sin salir.

Peró salió el quinto, el chico ni grande, el verdadero tipo del toro de lidia.

En tablas del uno, algo distante de ellas, esperó arrodillado al corripeto, que, tomando el viaje de largo, pasó no muy cerca del muchacho, á pesar de que éste le llamaba con el capote y sin moverse.

Tocó á banderillar. No queda en el centro del ruedo más que el pequeño Gómez y el toro. De vez en cuando uno de los peones que están pegados á las tablas sale á estorbar al niño prodigio.

Toma los palos y juguetea con el noble animal, corriendole á cuerpo limpio y haciendo con el enemigo todo lo que quiere con un dominio, con un aplomo, una vista, una tranquilidad y un aplomo que pasa los límites de lo humano. Así colocó esta criatura tres sublimes pares al cuarto, levantando los brazos y las manos juntas, cuadrando en la cara cuanto está previsto y cuando ejecutaron las primeras figuras de la tauromaquia banderillera. Pidió permiso para poner un cuarto par, y poniéndose encima del estribo de la barrera, por estar el toro cerca de ella, le colocó un par de esos que forman épocas. Una enormidad. La plaza aplaudía con frenesí, y ante aquella ovación magna y estruendosa parecían que hasta los cielos se conmovían.

Cogió la muleta, y, como decía en mi revista, se agotó el capítulo de los siglos en honor del muchacho, que derrochó el arte á toneladas, convirtiéndolo al bicho en un perrillo faldero, que seguía al muchacho y parecía hipnotizado.

Por otro, de pecho, por bajo, ayudados y molinetes entre los pitones... todo cuanto se puede hacer en el torero artístico. Citó á recibir, sin que el citado acudiese á la reunión, y eso que le esperó largo rato, por lo cual, en vista de la desatención, le sacudió un enorme volapiés en el propio sitio de las ovaciones.

Durante su faena cayeron sombreros al redondel y las palmas, no cesaron un momento, llenando, por aclamación unánime, la oreja, que le fué concedida.

Legatijistas y frascuelistas antiguos, guerristas, bombistas, machaquistas, y storistas, gontistas, gallistas (no digamos de éstos) y belmontistas aplaudieron á rabiar á este niño prodigio, que es la encarnación del arte con valor.

Está en los pitones, y el espectador tiene la seguridad que no ocurre nada trágico. Pero en los pitones, como otro cualquier principiante valiente.

Salió el toro belmontiano. No contó, por distracción, ó si lo hizo perdi la cuenta de aquella serie de prodigiosas verónicas con que el muchacho levantó al público.

Este, roncando de gritar en la faena monumental de Joselito, aclamó de una manera singular al torero trágico, que se trae el toro hacia la propia tripa de un modo nunca visto y emocionante.

Pegado al suelo como si estuviese clavado, sacudía el trapo con tan estupendo estilo, que el escalofrío en los espectadores hacía á éstos prorrumplir en unas frenéticas aclamaciones, de las que se oyen cada diez años.

Aquellas verónicas y corripetos serán grabados en la mente de los espectadores largos años. El 2 de Mayo de 1914, Joselito y Belmonte volvieron loco al público madrileño.

Como si se hubiera encontrado la vida detrás de un pájar, ó como si la pudiera recuperar por dos perras gordas, si el toro lo matase, ejecutó toda la faena de muleta metido entre los mismos pitones, dando unos molinetes soberbios, un estupendo pase natural y otros de rodillas, capaz de emocionar á una estatua de bronce. El público no cesaba de gritar, ébrio de entusiasmo, aclamando al trianero, que parecía agigantarse y cambiar de «pinta» ante el peligro.

El torero de la emoción, el de las trágicas impresiones, el que conmueve al espectador de un modo nunca visto, esa es Juan Belmonte.

Joselito y Belmonte, dos figuras grandes sin que haga falta silbar á uno para subir á otro. Cada uno en su estilo es una aparición majestuosa en el torero grande, que han de dar días de gloria á esta fiesta tan castiza y española.

Con el estoque no tuvo fortuna en esta faena; pero entre pinchazo y pinchazo, seguía fenomenando al público, que salió de la plaza como si entre Joselito y Belmonte le hubiesen dado una paliza.

También tomó parte Rafael Gómez, y aunque estuvo bien, no hizo una de sus memorables faenas. Ya la hará.

Peró es que Joselito y Belmonte, en esta soberbia corrida, borraron diez años de torero, anularon muchos días gloriosos para el arte, ya que no recuerdo en la misma corrida dos faenas como estas, y en la que el público valga de la plaza tan armamente satisfecho y con tantas ganas de vivir para volver á la plaza.

Cuando terminó la última faena, Belmonte, el público en masa pidió se le concediera la oreja del toro.

No oree se le concedió por la presidencia, aunque la cortaron y se la entregaron, según yo oree, sin permiso del usía de tanta.

Corrida de beneficencia

Día 3 de Mayo

Ocho de Santa Coloma, para Pastor los hermanos Gómez y Belmonte.

A las cuatro menos cinco aparecen los Reyes. S. M. la Reina Victoria viene con mantilla blanca, hermosísima como siempre.

Ruido de cascabeles en la calle de Alcalá, afición grande, murmurio desamparante por gradería, tenderío, andauaje y palenque.

Alegremonos de haber nacido para ver estas cosas.

¡Qué grande es la Providencia, que nos coloca esta tarde en la Plaza de Toros!

Silen las cuadrillas, y el público bate palmas en honor de los chicos.

Primero.—Los matones de turno, el de Madrid y el trianero rivalizan en quites, haciendo cinco buenos en las cinco y pas que «Pelofino» acepta, con bravura y codicia. Belmonte da una media verónica de las suyas.

Vicente se va paso á paso á la cara del Santa Coloma, desdobra la muleta, del tamaño de un pañuelo, y da uno con la izquierda, marca Cayetano Sanz, otro de pecho y una faena apretada y buena, con algunos pases en los pitones.

Un pinchazo en lo alto, superior, y después, entrando como Pedro por su casa, arrea á volapiés neto una casta entera que mata al bicho y se ovaciona.

Segundo.—«T. amillero» negro, mohíno, zaino, número 25.

El público protesta la presencia del jumea que se devolvió á los corrales.

Gallo mayor, de azul y plata, como cualquier banderillero, cambia de muleta en vista del sire. Trae una que debe ser hermana gemela de la de Quinito. Larga con la punta de ella—la puntita nada más—unos mantazos de pitón á pitón, que el público protesta de una manera enérgica, pidiendo que le metan en la cárcel. Un mandoble cerca del brazuelo aumenta el griterío y la indignación de todo el público.

Se mata el pánico, Rafael, y se ha abido quedar sordo á «chillidos».

Tercero.—Joselito hace un quite que mata con un recorte inmensa; Rafael toro lila en tierra, superior, que el público protesta por lo anterior, y cuando repite en el quiterío José, toros en tre las pitones superiorísimamente.

El toro, bravísimo; el presidente oye un porolón de propios por no cambiar laerte y dejar que apuren al cárdeno no más de lo debido.

Joselito coge los palos, quebrando un y finísimo; sigue al cuarto con otro cosa (ovación); y termina con par del mismo calibre. Ovación.

En tres naturales y uno de pecho pimidales empieza el chico menor de Gnez, oyendo otra ovación.

Continúa pasando entre los pitones, necesando de acuchillar á los palmas, y cuando se pone á tiro le sacude una ha la empuñadura, superiorísima, aque está un par de centímetros en.

Cuarto.—«Solitario», negro, bien puesto cuerna.

Belmonte veroníquo, y como no lo ha con opelón al algodón fenecido, por condiciones de «Solitario», hay que pita sin razón. Ni para silbar ni para aplaudir. Cailados, como un diputado de la mayoría.

El torero oye palmas el de Embajado en dos quites, oliéndose sobre el filo del enemigo.

Belmonte, de negro y amarillo, no logra en su faena esas ovaciones de los días grandes para él; algún pase por alto, cuando el toro requiere otro torero completamente distinto; un molinete bonito, otro de rodilla; pero en general, una faena vulgar, sin destellos grandes.

Cogida de Belmonte

Se mete á por él, y le da una entera un poco caída, quedando prendido y campaneando fole de un modo terrible.

El toro trata de buscar al muchacho, que está en el suelo, y es tan codicioso, que tarda un rato en salir de aquel sitio peligroso.

Llegó la cogida de Belmonte, que algunos buscaban.

Quinto.—La corrida tiene interés, sobre todo para los que incitan á Belmonte á colgarse de un pitón, y, claro, una vez conseguido, nada les queda ya que ver.

A pesar de ello, va Vicente, como siempre, con la izquierda, cambiando al toro la ruta.

Trata de aferrarse al pajaraco, que es buerilego y sobre el lado izquierdo no ve diez en un barzo.

Cuando ya le tiene, habiendo hecho solamente la faena, sin ayuda, y siempre con la zurda, intenta meterse por el pajaraco.

Méritos da dos capotes por sito tocuchando palmas Vicente por su labor.

Entra con una media por lo alto, que mata.

Sexto.—«B. rrenero», negro, bragao, mohíno.

Salte paso á paso, entendiéndose de lo que pasa por este mundo.

Vicente, en el tercio de varas, oye continuas palmas por estar muy enterado de sus menesteres.

Después de esto, de suple, éstos le plicotean lo más medianamente posible, y en el quiterío, el pueblo soberano sigue metiéndose con Rafael por su anterior trájito.

Patatero cumple con los palos.

Rafael empieza con uno de rodillas, codicioso; sigue artístico y sublime, dando unos pases de su metro, que se palmeotean una enorme; hay unos molinetes como si vialeran de las regiones celestiales para los límites de lo mundano.

Casen sombreros y se oyen palmas á granel.

Rafael se queda con el est. que, parado encima del toro, largo rato.

El público enloquece de entusiasmo ante aquel aluvión de cosas sorprendentes.

Cita á recibir, se marcha de la reunión, y marca un pinchazo.

Más faena estupenda, y media tendida.

Hay una continuación de cosas sorprendentes, y media pesocera.

Estamos locos de entusiasmo ante este torero, pérsimo ó magnífico; valiente ó cobardo; pero grande y original.

Le tira la puntilla, sin acertar, y desoballe.

Gallo da la vuelta al ruedo.

Séptimo.—«Berberisco», Negro mulato, bragao, listón, número 53.

Los niños del pequeño Gómez benefician en diversas regiones del morlaico, y cuando acaban, Joselito, sólo y sin ayudas de nadie, emplea el reflejo encarnado en una forma vulgar, tratando nada más de arreglarlo para meterle mano, porque el «Berberisco» cogato no deja lucirse á nadie.

Y como José, en esto de saber torrear, conoce bastante, cuando ve que está el horno para bollos, le entra, de primera, con un pinchazo y luego una baja con travesía, por lo que se le salta con música.

Cuando estaba en el suelo se levanta

DEPÓSITO

Pelcaños, Adornos de fuchecías, y Fregaderos

“LA PRIMITIVA”

FABRICA DE MOSAICOS HIDRÁULICOS

Perfeccionados en diferentes dibujos y colores.